
HISTORIA

MÍNIMA

DE LA

Revolución cubana

Rafael Rojas

La gran historia de un acontecimiento decisivo
en la historia reciente de América Latina

Título original:

Historia mínima de la Revolución cubana

© Rafael Rojas, 2015

De esta edición:

© Turner Publicaciones S. L., 2015

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C.

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D. F.

www.colmex.mx

Primera edición en esta colección: octubre de 2015

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-16354-59-7

Diseño de la colección:

Sánchez / Lacasta

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones: turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

Introducción

El antiguo régimen

La dictadura

La oposición violenta

La oposición pacífica

Insurrección

Llano y Sierra

Cómo cayó Batista

Primer gobierno revolucionario

Segundo gobierno revolucionario

Política de masas y guerra civil

De Playa Girón a la crisis de los misiles

Cuba y las Américas

Entre el Che y Moscú

La "Ofensiva Revolucionaria"

Un cambio cultural

El orden socialista

Después de la Revolución

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

I

Ésta es una historia mínima de un fenómeno complejo y cambiante, en un periodo de dos décadas, llamado Revolución cubana. Mínima historia, en el sentido que dio a estos términos el historiador mexicano Daniel Cosío Villegas, allá por los años setenta. El lector interesado en el tema no encontrará aquí desarrollos plenos de sucesos, personajes, conflictos y situaciones emblemáticos de aquella experiencia. Tampoco encontrará exploraciones a fondo de contextos locales, regionales o internacionales o aplicaciones óptimas de enfoques analíticos e historiográficos.

Me interesa, por el contrario, repasar las líneas maestras del cambio económico, social, político y cultural que vivió la isla entre los años cincuenta y setenta del pasado siglo. Mi apego a esas décadas parte de la apuesta conceptual y metodológica de las historiografías más contemporáneas sobre las grandes revoluciones modernas de los dos últimos siglos, donde se entiende ese tipo de fenómenos colectivos, estrictamente, como procesos que van de la destrucción del antiguo régimen a la construcción del nuevo.

Aunque en las páginas finales haremos algunos comentarios sobre la historia de Cuba en los años previos y posteriores a la caída del muro de Berlín y la desintegración de la URSS, partimos de una periodización precisa de la Revolución, que arranca a mediados de los cincuenta, con las oposiciones violentas y pacíficas a la dictadura de Fulgencio Batista, y culmina con la codificación constitucional, en 1976, del nuevo orden social y político creado durante los

años sesenta e institucionalizado a principios de los setenta.

II

La Revolución cubana, como todas las revoluciones modernas, produjo un cambio radical de la sociedad y el Estado en la isla y un giro notable en las relaciones de esa nación caribeña con el mundo. Después de enero de 1959, la historia cubana y la historia latinoamericana dieron un vuelco tan inesperado como trascendente. Sin esa Revolución y sin sus líderes, sin sus políticas domésticas e internacionales, el último medio siglo, en América Latina y el Caribe, habría sido distinto.

Al igual que la mexicana de 1910 o la rusa de 1917, la cubana de los años cincuenta comenzó como una reacción política contra un régimen autoritario —la dictadura de Fulgencio Batista—, encabezada por un pequeño círculo de jóvenes de clase media. En poco tiempo, como en México o Rusia, casi todos los sectores de la población insular —campesinos, obreros, estudiantes, militares, políticos, empresarios, hacendados, comerciantes— se involucraron en un conflicto de dimensión nacional. La participación popular no sólo se manifestó en el bando revolucionario, que militarmente siempre fue menor, sino también en el ejército de Batista y, sobre todo, en la intensa vida pública cubana de la segunda mitad de los cincuenta.

A diferencia de la Revolución mexicana, cuyos historiaadores han caracterizado como un conjunto de revoluciones simultáneas, con sus propias ideas y liderazgos (la maderista, la zapatista, la villista, la carrancista), y a semejanza de la rusa, el proceso cubano parece escalonarse en dos momentos discernibles. Así como León Trotski hablaba de una “revolución de febrero” y otra “de octubre”, se podría hablar también de una revolución cubana, que estalla en 1956

y triunfa en enero del 59, y otra, emprendida desde el poder para transformar radicalmente la sociedad, que a partir de 1960 y, sobre todo, 1961, impulsa la transición a un socialismo de tipo comunista.

Las marcadas diferencias sociales y políticas, ideológicas e institucionales de esas dos revoluciones no impiden pensar, como en Rusia o en México, la Revolución cubana como un proceso único que arranca propiamente en 1956 y que concluye 20 años después, en 1976, con el fin de la institucionalización y la creación del nuevo orden constitucional del socialismo. Es en el lapso de esas décadas cuando se inicia y se consuma el cambio histórico que alteró la estructura social y económica del país, las instituciones del Estado, la cultura, la ideología y la educación y el rol de Cuba en el mundo bipolar de la Guerra Fría y en los movimientos nacionalistas y descolonizadores del Tercer Mundo.

No se puede narrar e interpretar un fenómeno tan disruptivo como la Revolución cubana sin una semblanza del antiguo régimen. ¿Qué entender por *ancien régime* en el caso de Cuba? ¿La dictadura de Fulgencio Batista entre 1952 y 1958? ¿La República constitucional de 1940, interrumpida por aquella misma dictadura? ¿O toda la experiencia republicana previa, desde la primera constitución poscolonial en 1901 y el primer gobierno cubano, encabezado por el presidente Tomás Estrada Palma en 1902? Al igual que otras revoluciones, que fueron varias en una, el concepto de antiguo régimen fue cambiando sensiblemente entre 1953, cuando se produjo el asalto al cuartel Moncada, y 1961, cuando se declaró el carácter socialista de la Revolución.

III

Si en la primera etapa revolucionaria, el objetivo de consenso entre las diversas organizaciones o líderes era la re-

moción de la dictadura de Batista, instaurada el 10 de marzo de 1952, y la restauración de la Constitución del 40, ya en el momento de la radicalización comunista la finalidad será la negación de todo el pasado republicano, en tanto "burgués", "capitalista" y "neocolonial". Sin embargo, la Revolución cubana, como todas las revoluciones, desde la británica, la francesa y la norteamericana, en los siglos XVII y XVIII, tiene su origen, en buena medida, en valores y prácticas de resistencia pero también de afirmación del antiguo régimen.

Esta paradoja explica, por ejemplo, que entre 1952 y 1958, buena parte de las ideas, el lenguaje público, la cultura jurídica y los programas políticos de la oposición violenta o pacífica, contuviera referentes propios del periodo republicano, especialmente de una revolución anterior, la de 1933 contra la dictadura de Gerardo Machado, y que dos de los partidos políticos surgidos durante la institucionalización de aquel proceso revolucionario, en los cuarenta, el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), desempeñaran un papel importante, aunque no decisivo, en la oposición al régimen del 10 de marzo de 1952.

A pesar de que hasta 1958 hubo proyectos pacíficos y electorales que buscaron el fin de la dictadura, desde 1953 y, sobre todo, a partir de 1956, la vía insurreccional se convirtió en la forma predominante de la lucha contra un gobierno que los principales actores de la sociedad civil y política consideraban "de facto". En las insurrecciones urbanas y rurales convergieron sectores de los viejos partidos opositores, juventudes universitarias, obreras y profesionales, militares disidentes y una importante masa campesina, que conformó la base social del Ejército Rebelde en la Sierra Maestra.

La presión que esas insurrecciones ejercieron sobre los centros de poder social, económico y político en las princi-

pales ciudades de la isla, y el contacto de la ciudadanía con el proceso revolucionario, por medio de una esfera pública sumamente dinámica, en torno a la prensa, la radio y la televisión, provocaron el colapso de la dictadura en diciembre de 1958. Sin una visión de conjunto de aquella crisis de legitimidad, no se entiende que una guerrilla de varios miles derrotara a un ejército, bien armado, de varias decenas de miles. En los últimos meses de 1958, los propios oficiales del ejército de Batista y los servicios consulares de Estados Unidos en la isla reportaban que 80 o 90% de la población, en provincias como Oriente y Las Villas, estaba con los rebeldes.

La huida de Fulgencio Batista hacia Santo Domingo, donde fue protegido por el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo, y la entrada de los rebeldes de la Sierra Maestra y el Escambray en La Habana, en enero de 1959, marcan el inicio de la Revolución cubana en el poder. Un primer gabinete revolucionario, conformado, fundamentalmente, por políticos civiles de los partidos tradicionales y el Movimiento 26 de Julio, inició una acelerada labor legislativa y ejecutiva, toda vez que las instituciones representativas de la República habían sido canceladas. Aunque la legislación revolucionaria mantuvo un ritmo sostenido a partir de 1959, bajo la presidencia de Manuel Urrutia Lleó y el primer ministerio de José Miró Cardona, es con la llegada de Fidel Castro al gabinete, en febrero, y sobre todo, con la salida de Urrutia de la presidencia, en el verano, que dicho ritmo se acelera.

IV

Durante todo el año 1959, el primer gobierno revolucionario promulgó decretos que comenzaban a transformar la economía y la sociedad cubanas. La principal medida de aquel año fue una segunda Reforma Agraria, en mayo de

ese año, si se toma como "primera" la firmada por los comandantes Humberto Sorí Marín y Fidel Castro en la Sierra Maestra, en 1958. A pesar de haber sido una reforma moderada, esa ley provocó un fuerte debate en la esfera pública de la isla y las primeras tensiones con Estados Unidos. Aun así, las principales disensiones dentro del primer gabinete estuvieron determinadas por el dilema de cuál era la orientación ideológica del proyecto cubano.

Las renunciaciones de Miró Cardona y Urrutia, el arresto del comandante Huber Matos y las crisis ministeriales entre fines de 1959 y mediados de 1960, que colocaron fuera del gobierno a políticos moderados, provenientes de los viejos partidos Auténtico y Ortodoxo, del Movimiento 26 de Julio urbano o de la Sierra Maestra (Humberto Sorí Marín, Faustino Pérez, Manuel Ray, Elena Mederos, Rufo López Fresquet, Felipe Pazos, Enrique Oltuski), estuvieron marcados por el debate sobre el comunismo, dentro de la nueva clase política, pero también de la sociedad civil y la opinión pública cubanas.

El nuevo gobierno revolucionario que emerge de aquellas fracturas, encabezado centralmente por Fidel y Raúl Castro, Ernesto *Che* Guevara y el presidente Osvaldo Dorticós, impulsa, con una resolución asombrosa, en menos de dos meses, la nacionalización de la gran mayoría de la producción industrial y agropecuaria, los servicios públicos y buena parte del mercado interno insular. A principios del año siguiente, en medio de la creciente confrontación con Estados Unidos, la dirigencia revolucionaria anunció que la isla entraba en una fase de transición socialista y se preparó para extender la hegemonía del Estado a todos los sectores de la sociedad, la cultura y la ideología.

Esa primera etapa de la transición socialista está caracterizada por una imaginativa política de masas, que en pocos meses articuló el tejido de las principales organizaciones sociales (Central de Trabajadores de Cuba, Asociación Na-

cional de Agricultores Pequeños, Comités de Defensa de la Revolución, Federación de Mujeres Cubanas...) y propició la gran incorporación popular a la defensa, por medio de las milicias, o de la alfabetización, con las brigadas de maestros voluntarios. A la vez que la sociedad se politizaba y el Estado afirmaba su hegemonía sobre la sociedad, distintas capas sociales del antiguo régimen o de la nueva oposición anticomunista eran excluidas del nuevo orden en construcción.

La convergencia de esa política de masas y la primera fase de la institucionalización socialista, a principios de los sesenta, dio lugar al surgimiento de un Estado con una gran capacidad de intervención en la vida cotidiana. Un Estado que lo mismo movilizaba a toda la población para la defensa del país, frente a amenazas como la invasión de Bahía de Cochinos, la "crisis de los misiles" o desastres naturales, como el ciclón "Flora" de 1963, que implementaba ambiciosos planes de instrucción y vacunación o creaba un enorme aparato de seguridad interna, que aplicó eficazmente la represión preventiva o casuística.

Con la transición al socialismo vino, también, un dramático ajuste de las relaciones internacionales de la isla, ya ubicada entre 1961 y 1962, es decir, entre la fracasada invasión de Bahía de Cochinos y la crisis de los misiles, en el centro de la Guerra Fría. El naciente gobierno socialista, expulsado y aislado de la OEA y rotos sus vínculos con buena parte de las naciones latinoamericanas, entró en una etapa de intensa relación con el campo socialista, en la que intentó sobrellevar, hasta 1965, las desavenencias entre la Unión Soviética y China.

A la par de esa inserción parcial en el campo socialista, no carente de fricciones intermitentes tanto con la URSS como con China, los líderes de la Revolución desarrollaron un impresionante activismo internacional, que lo mismo financió, planeó e introdujo guerrillas en diversos países de

América Latina, África, Asia y el Medio Oriente, que alentó movimientos de izquierda y partidos comunistas en esas mismas regiones, dialogó con el marxismo occidental o impulsó las descolonizaciones del Tercer Mundo y el grupo de los No Alineados.

V

Hasta fines de la década de los sesenta, un fuerte debate interno sobre los marcos rectores de la política económica, de la política cultural y, en general, de la ideología y la estrategia internacional del socialismo dividió a la dirigencia cubana. Fue una división siempre mediada y negociada, dentro de los términos de una lealtad suprema a Fidel Castro, que nunca llegó a la fractura, pero que produjo reiteradas purgas y alianzas internas. Todavía en los años posteriores a la muerte del Che Guevara, en Bolivia, durante el breve periodo de la llamada "Ofensiva Revolucionaria" (1967-1968), la máxima dirección de la Revolución parecía no saber qué rumbo seguir.

A principios de los años setenta, con el ingreso de Cuba al CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica) y un proceso de institucionalización bastante apegado al modelo soviético, aunque con las peculiaridades asociativas y discursivas de la Revolución, en su primera década, el Estado socialista entró en periodo de larga continuidad en sus políticas públicas. Es durante ese prolongado tramo de estabilidad y crecimiento, que alcanza su clímax con la instalación de la Asamblea Nacional y la proclamación de la Constitución de 1976, cuando puede afirmarse que un nuevo orden social y un nuevo régimen político han sido finalmente creados.

A partir de entonces será sumamente difícil hablar de revolución en Cuba, si por revolución entendemos lo que la historiografía contemporánea argumenta a propósito de

otras revoluciones, como la francesa, la norteamericana, la rusa, la china o la mexicana. Un Estado ya constituido y un cambio social consumado entrarán, desde mediados de los setenta, en una estabilidad y una continuidad que, a pesar de leves giros ideológicos y políticos en las décadas siguientes, se mantendrán, en lo esencial, hasta la primavera de 2011, cuando se celebra el sexto Congreso del Partido Comunista de Cuba, que introduce las reformas más importantes a la política económica de la isla en más de medio siglo.

En las cuatro décadas que siguieron a la Constitución de 1976, esa sociedad y ese Estado se han visto sometidos a coyunturas y alteraciones importantes. La llamada "Rectificación de errores y tendencias negativas", en la segunda mitad de los ochenta, la caída del muro de Berlín en 1989 y la desintegración de la URSS en 1991, la reforma constitucional de 1992, que adaptó el Estado y la sociedad al escenario postsoviético, el "periodo especial" en los noventa, la reforma constitucional de 2002 que declaró el "socialismo irrevocable", la convalecencia de Fidel Castro en 2006 y la sucesión a partir de ese año, conducida por Raúl Castro, son algunas de esas transformaciones.

Pero hasta las reformas de los últimos tres años, que modifican sensiblemente algunas premisas de la política económica y retoman o profundizan otras de los años ochenta y noventa, el sistema político y el funcionamiento de la economía, la sociedad y la cultura cubanas se han mantenido dentro del orden institucional codificado en 1976. Un orden social creado en los años sesenta, pero que alcanza su plena institucionalización a mediados de los setenta, dando por concluido, en lo fundamental, el proceso de cambio iniciado por la Revolución.

EL ANTIGUO RÉGIMEN

En la reedición actualizada de su clásico *Geografía de Cuba* (1950), en 1966, el historiador cubano Levi Marrero proponía una síntesis estadística de Cuba, en la década de los cincuenta, que complementaba los datos del censo de 1953. La población de esa isla caribeña de 110 000 kilómetros cuadrados, rebasaba los seis millones de habitantes, de los cuales un millón y medio vivían en la occidental provincia de La Habana, cerca de dos en la provincia de Oriente y otro más en la central Las Villas, las tres regiones más pobladas y urbanizadas del país. La población era mayoritariamente joven —había cerca de cuatro millones de cubanos entre las edades de cinco y 40 años—, vivía en zonas urbanas —60% en todo el país y 90% en La Habana— y su composición étnica, según el censo de 1953, reportaba 4 243 956 blancos y 1 585 073 de “otras razas”, es decir, de “negros, mestizos y amarillos”.

La economía de la isla seguía siendo fundamentalmente agraria, pero el país vivía un acelerado proceso de urbanización y expansión de los servicios. Entre 1954 y 1958 se invirtieron 92 millones de dólares anuales en la construcción de viviendas, a razón de cerca de 5 000 edificios por año, muchos de ellos multifamiliares, con servicios de agua corriente y electricidad. Entonces Cuba era el principal productor de azúcar, con zafras que promediaban, anualmente, cinco millones y medio de toneladas. Pero a pesar de que la mitad de la tierra cultivable se dedicaba al azúcar, 34% de la misma se destinaba a la ganadería y la producción de alimentos era suficiente para garantizar el 75% del consumo interno, según cifras de la CEPAL. Algunos datos ofreci-

dos por Marrero completaban el cuadro del desarrollo económico y social de la isla: seis millones de cabezas de ganado, consumo de 2 370 calorías diarias, un automóvil por cada 40 habitantes, un teléfono por cada 38, un radio por cada seis y un televisor por cada 25. Según la ONU, el producto interno bruto total de Cuba, en 1958, era de 2 360 millones de dólares, mientras el per cápita era de 356 dólares, pero, a juicio de Marrero, la cifra era mayor, de 374, colocando a Cuba sólo por debajo de Venezuela, Uruguay y Puerto Rico, en América Latina.

A pesar de esas cifras, Cuba era un país subdesarrollado y desigual. Las zonas urbanas estaban concentradas en las ciudades capitales de La Habana, Santiago de Cuba y Las Villas. Un millón y medio de cubanos no había cursado el primer grado y más de 20% de la población era analfabeta, mayoritariamente concentrada en los campos. De 159 958 fincas, cerca de 900 eran mayores de 1 000 hectáreas y menos de 30% de sus dueños eran reconocidos como propietarios. La mayor parte de la tierra cultivable, dedicada a la ganadería o a la producción de cereales, legumbres, viandas, hortalizas y frutos, caía dentro de categorías de tenencia de la tierra, como las de los "administradores, arrendatarios, partidarios y precaristas", que reflejaban la explotación del trabajo rural por parte de una minoría. Las condiciones de educación, salud, vivienda, alimentación, electricidad, agua y drenajes eran mucho peores en el campo que en la ciudad.

La balanza comercial de Cuba, en los años cincuenta, reflejaba un aumento de la dependencia de Estados Unidos. Si en 1948, la isla destinaba a Estados Unidos 52% de sus exportaciones, a mediados de la década siguiente el gran país del norte asimilaba 68% del comercio exterior. Las importaciones mostraban esa dependencia con mayor claridad: desde los años cuarenta, cerca de 80% de lo que Cuba compraba provenía de Estados Unidos. La balanza co-